

UN PUNTO DE VISTA JUDÍO SOBRE LA VIOLENCIA

FRANK HELLNER

Versión abreviada de una de las alocuciones dirigidas al auditorio de la décimo sexta conferencia anual de Cambridge, llevada a cabo entre el 20 y el 22 de julio de 1973. Rabbi Hellner es miembro de la Comunidad Judía Liberal y ministro de Finchley Progressive Synagogue. El objetivo de la conferencia de este año fue la de examinar, tanto desde el punto de vista judío como cristiano, que es lo que la Biblia tiene para decirnos sobre el problema de la violencia en el mundo moderno. Aunque esta conferencia fue dada varios meses antes del comienzo de la lucha de octubre en el Medio Oriente, contiene una sobresaliente ilustración sobre el problema de la actitud judía para con la violencia y la no violencia. Tomado de *Common Ground*, Nº 4. Invierno 1973.

Ya sea que la elección del artículo indefinido utilizado en el título haya sido intencional o no, es, al menos a mi parecer, significativo. Porque yo no puedo hablar DEL punto de vista judío; tan sólo puedo referirme a UN punto de vista judío. Sería una tarea demasiado fácil el limitarme a citar algunas notas selectas de la tradición judía, tanto de la Biblia como de los rabinos, como prueba definitiva de la actitud judía, si no fuera por el hecho de que por cada una de estas citas siempre podemos encontrar alguna otra que pruebe exactamente lo contrario. La razón: la misma naturaleza no-doctrinaria del judaísmo, que ha permitido siempre la divergencia de opiniones, todas ellas de alguna manera acomodadas dentro del vasto panorama de la tradición judía y por lo tanto con derecho a reclamar cierto grado de autenticidad. Criterios disidentes, no necesariamente considerados heréticos, fueron respetados aunque no hubieran sido representativos de la opinión mayoritaria del judaísmo normativo.

Los Cuáqueros tienen una hermosa leyenda que se encuentra también en la literatura jasídica: la única manera de eliminar la oscuridad no es golpeándola con un palo sino encendiendo una vela. Si tomamos este ejemplo como sermón religioso, la metáfora nos atrae; si tan sólo el hombre pudiera ser iluminado y educado entonces la oscuridad cesaría automáticamente de existir. Si tan sólo las naciones dejarían de responder a los vituperios, humillaciones y ataques de sus vecinos, no habría entonces lugar para la guerra.

Si el ser humano fuera capaz de poner la otra mejilla a aquél que lo hiere, la violencia terminaría de una vez por siempre. Pero una mirada desapasionada a través de la historia nos ha demostrado que la realidad no es tal. El holocausto no fue la creación de una de las primitivas tribus de la antigüedad sino el resultado de una nación moderna, culta, sofisticada y de avanzada tecnología. No apareció ningún bárbaro Amalek dominando avasallante sobre Europa, sino educados germanos cuyos líderes se habían nutrido en Hegel y marchado a los compases de Wagner. No fue un hecho acaecido 4.000 años atrás sino tan sólo 40 y, salvo la excepción de los breves

42 días en el ghetto de Varsovia, las víctimas judías practicaron un pacifismo que no tiene paralelo ni aún entre los seguidores de Jesús durante los tres primeros siglos del primitivo cristianismo.

La ironía de todo esto es que durante la mayor parte de la historia, el pacifismo judío (en la práctica) ha desmentido su propia filosofía de no pacifismo (en teoría). Con algunas excepciones el judaísmo normativo ha rechazado todas las doctrinas de no-resistencia, aunque los últimos 1.800 años se han caracterizado por un pacifismo que, a mi modo de ver, el mismo Jesús hubiera encontrado exagerado. Podríamos en cierta forma argumentar como justificación, que los judíos eran pacifistas porque no tuvieron la oportunidad de ser otra cosa: hasta cierto punto debo confesar que esto es verdad. Pero aún, sin tener en cuenta este hecho, la violencia física para el judío con el tiempo, simplemente se transformó en anatema. Tanto la guerra como cualquier tipo de contienda física eran elementos extraños a su forma de ser. El antiguo énfasis del espíritu sobre la materia fue reiterado una vez más y se transformó en el constante refrán de los profetas: "No por la fuerza, no por el poder, sino por Mi espíritu, dijo el Señor". Y desde la dispersión de los judíos y por los siguientes 1.800 años hasta el día de hoy, la totalidad del concepto de lucha se transformó en repugnante para el judío. Un midrash rabínico dice que Dios no permitió que los ángeles se regocijaran cuando los egipcios fueron tragados por las aguas del Mar Rojo, reprochándoles con estas palabras: "Mis criaturas se están ahogando y ustedes son capaces de cantar glorias frente a MI?"

En cierta forma se podría decir que la postura israelí militar moderna parecería ser una inversión de la ética tradicional judía. Esto es parcialmente, y repito, parcialmente, verdad. El militarismo del Estado de Israel puede ser incompatible con la imagen del judío no-combativo de la diáspora, pero no es incompatible con la doctrina general judía de no pacifismo y de resistencia.

Mientras que la ética judía condenaría el emprender una acción bélica agresiva, no negaría a ningún Estado el derecho de usar la fuerza para defender su soberanía y sus ciudadanos en contra de los agresores. No puedo actualmente pensar en ningún otro país, en una posición similar a la de Israel, que haya sido tan sinceramente crítico de sí mismo y que haya indagado tan hondamente en el porqué de su conducta, tan carente de odio en sus actitudes y que haya demostrado tanta clemencia y humanidad en su trato para con el enemigo. Es un análisis justo decir que la política actual de Israel es consistente con la doctrina tradicional judía de resistencia, vista claramente sólo cuando han vivido en su propia tierra, pero nunca puesta en práctica durante todo el período de la diáspora. En teoría, el judaísmo ha considerado al pacifismo, en ciertas circunstancias como un mal y no como una virtud. Desde el momento en que la defensa propia fue considerada tanto un derecho como una necesidad, el judaísmo, por lo tanto, repudió los puntos de vista expresamente contenidos en el Sermón de la Montaña de Jesús, por cuanto esta doctrina de no-resistencia emanaba de la propia formación judaica de Jesús y pudo, evidentemente, encon-

trar adhesión dentro de algunos grupos de rabinos; pero no fue y no es el punto de vista o el ideal aceptado por el judaísmo normativo. Y es justamente aquí donde se produce la separación de caminos en este tema en particular.

El rechazo a la no-resistencia por parte del judaísmo está basada en su propia y particular moralidad que enseña que la única forma de erradicar un mal de una sociedad es el empujarlo fuera de ella, por la fuerza si así fuera necesario. Los rabinos enfatizan quizás un poquito apologéticamente, que es el mal en sí mismo, más que aquél que lo lleva a cabo, el que debe ser objeto de nuestro combate; pero no siempre es posible el separar el uno del otro. Si tomamos como ejemplo el flagelo del nazismo, sabemos que únicamente podría ser eliminado mediante la destrucción de aquellos que apoyaron sus métodos. El encender una humilde vela no sería suficiente para extinguir los enormes fuegos de los crematorios. Esta política de resistencia a la violencia surge primordialmente de la preocupación del judaísmo por el bienestar de la sociedad, quizás aún más vigente que el bienestar del individuo; y en segundo lugar, por su énfasis en la importancia por la vida aquí, en este mundo con preferencia a la del mundo por venir. La unión entre estos ideales de una sociedad de este-mundo ha hecho virtualmente imposible para el judío, aceptar la filosofía de "resistir todo mal" o "dar al César lo que es del César" que significaba en sí una concesión a los males de la sociedad. Las ideas contenidas en el "Sermón de la Montaña" podrían ser moralmente aceptables dentro del contexto de una creencia en la que el orden existente en este mundo estaría por terminar con el establecimiento apocalíptico del Reino de Dios. El cristianismo aceptó esto: el judaísmo normativo no estuvo de acuerdo. Por lo tanto, en la misma época en que Jesús dijo: "Mi reino no es de este mundo", el judaísmo, en su Kadish, hablaba de que el reinado de Dios sería establecido aquí, en este mundo, rápidamente, durante nuestra propia existencia y en nuestros días.

Generalmente hablando, el judaísmo rechazaba la doctrina de una resistencia pasiva, no solamente porque la encontraba demasiado etérea, demasiado alejada de este mundo, quizás demasiado piadosa, sino también porque no encontraban ninguna virtud en cerrar los ojos frente a la corrupción de los romanos o de cualquier otra sociedad; o en entregar el mundo al destructor, al ladrón o a aquel acostumbrado a la violencia. Por el contrario, el concepto prevaleciente fue el de que existía tan sólo un pequeño paso entre no resistir el mal y su tácita aceptación, y, eventualmente a su perdón. En nuestra propia época, aquellos que mantuvieron silencio frente al holocausto, también estuvieron involucrados en ese crimen contra la humanidad en su carácter de silenciosos conspiradores. Por lo tanto, el judaísmo nos advierte que no podremos resolver ningún problema de la sociedad ni alejándonos de ellos ni accediendo al mal; o, en otras palabras, encendiendo una vela, por más belleza que haya en este acto. Por el contrario, tal como la Biblia nos advierte; "deberéis erradicar el mal de vuestro alrededor". ¿No tan hermoso?, quizás; pero sí, mucho más cuerdo y mucho más realista.

En judaísmo, aquello que concierne al Estado concierne también al individuo. Como dice el Talmud: si alguien viene a matarte, mátalos tú primero. Si por el contrario, se te ordena bajo pena de muerte dar a su vez muerte a alguien, debes dejarte matar antes que decidir el destino entre tu propio ser y aquél otro individuo, ya que, como dijera un rabino en el siglo tercero: "¿quién te ha dicho que tu sangre es más roja que la del otro?", "¿o quizás la suya es más roja que la tuya?". En general la mayoría de estos conceptos reflejan en gran medida la mentalidad y ética de la época post-bíblica. Fue entonces cuando el judaísmo comenzó a llegar a su mayoría de edad, a desarrollarse y a tomar la forma por la cual ahora lo reconocemos. Desafortunadamente muchas de las valiosas ideas expresadas por los rabinos durante los primeros tiempos de la época pública, caracterizada tan a menudo por la violencia y la brutalidad; pocas veces fueron conservadas en alguna forma, privándonos así de reconocer conceptos que ya hoy no podríamos considerar aceptables. La Biblia en sí misma es un documento escrito por distintos hombres en distintas épocas, en distintos lugares, en la que en realidad no existe ninguna clasificación sistemática de éticas o de ideas. Aún cuando Israel se hubiera elevado por sí misma por encima de las formas paganas de sus vecinos, en comparación con nuestra propia ética, sus métodos eran muy a menudo mucho más primitivos y benignos; pero es que entonces existía la posibilidad de vislumbrar reflejos de la verdad eterna, revelaciones de genios morales; y en cada página lo sublime y lo básico lo elevado y lo bajo, están en cierto sentido entrelazados. Es así como en la misma sección en la que encontramos leyes humanitarias que gobiernan la conducta moral de los combatientes en la batalla, también encontramos directivas de como aniquilar completamente al enemigo. En las mismas páginas, que aún ahora conservan actualidad, en las que encontramos leyes tales como la prohibición de saqueo, robo o despojo, y aquellas que regulan el trato justo de los prisioneros de guerra y de los cautivos; encontramos la reseña de que los israelitas exterminaron a los caananitas y los despojaron de sus villas. En la Biblia existen reformas sociales del más alto grado en beneficio de los pobres y en salvaguarda de los derechos y la seguridad de los menesterosos dentro de la sociedad. Sin embargo, también junto a éstas están las otras, aquellas como el mandato de apedrear hasta morir al hijo rebelde o a aquel que haya profanado el shabat. Para nosotros, como conceptos actuales, algunas de estas secciones de la Biblia son moralmente indefendibles, como también no podemos olvidar que así lo serían en aquella época muchas de nuestras acciones. El saqueo de Vietnam, el pillaje de las ciudades, la violación de las prisioneras, tampoco serían aceptables para los individuos de la época bíblica.

La Biblia, por lo tanto, no debe ser entendida como un simple documento de una era, sino como una crónica; la crónica del intento del hombre de poder alcanzar la verdad y comprender el sentido de la vida. Es la historia del hombre en su búsqueda de Dios. No siempre obtuvo el éxito de alcanzar el objeto de su búsqueda, y a menudo de su propia

finitud, su propia derrota por comprender el infinito, distorsionó sus valores hasta confundirlos con los de Dios. Comprensiblemente existen vestigios de una moralidad más primitiva mientras que el hombre, en su desarrollo, andaba a tientas tropezando y luchando con la vida. Consecuentemente, su historia ha llegado a nosotros a través de la Biblia como una fusión de contradicciones, inconsistencias, paradojas; de depravaciones y violencias, pero también conteniendo algunos de los más inspirados y elevados escritos que hombre alguno nos legara. Tanto lo sublime como lo profano se encuentran entremezclados en la ascensión del hombre hacia la Tierra de Promisión.

Lo que quizás podemos considerar como uno de los factores más loables que encontramos dentro de la Biblia, es que Israel no alteró para nada los hechos, aunque parte de su historia pudiera ser considerada vil o despreciable. Para aplicar la expresión popular, se mantuvieron fieles a contar las cosas "tal cual fueron" y no meramente a como ellos hubieran querido que fueran. A través de descubrimientos arqueológicos sabemos ahora por ejemplo, que los antiguos egipcios borraron de sus récords aquellos episodios de su historia que consideraron no favorables. Algunos de los libros de texto modernos alemanes han reducido las atrocidades del Tercer Reich a un mero párrafo. Rusia, por supuesto, ha borrado literalmente, toda huella del stalinismo. Los judíos, por el contrario, han mantenido sus récords intactos, por más difamatorios que fueran los han conservado. El pecado de David está claramente expresado, así como también la constricción de que a causa de haber provocado derramamiento de sangre le fue negado un privilegio: el de construir un Templo alabando la gloria del Señor.

Los rabinos de épocas posteriores estaban angustiados como lo están hoy, por los mandatos aparentemente inmorales e injustos y por ciertas prácticas que describe la Biblia, que encuentran incompatibles con su propia era. El hecho de que estos difíciles pasajes provocaron una respuesta (responso) apologética por parte de las generaciones posteriores es en sí mismo un detalle más que significativo de los cambios producidos dentro de los conceptos de moralidad e indicativo del desenvolvimiento de un sentido más refinado de lo que es el bien y el mal. Este hecho en sí es de una particularidad crítica para nosotros aquí, y que debemos tener en cuenta. Ya que es un error común en los cristianos el de equiparar en su totalidad la ética judía con el llamado Antiguo Testamento, y el de considerar a ambos como idénticos. Es necesario para nosotros tener en cuenta la Biblia Hebrea no solamente en los términos del Libro en sí mismo si no también como fue interpretado por las siguientes generaciones: mientras que sí es cierto que nos dirigimos a la Biblia como punto de partida de la historia judía, es el comentario el que nos indica el desarrollo natural de la tradición. Para el judío, no es sólo la Biblia lo importante, si no aquello en lo que se transformó a través de la interpretación y los comentarios.

Si en este caso tenemos que hacer un resumen del punto de vista que el judaísmo tiene de la violencia, tenemos que comenzar con la pre-

misa básica en la que descansa la tradición judía: la santificación de la vida.

Si bajo ciertas circunstancias el judaísmo apoya la violencia; como por ejemplo en el caso de que una violencia mayor pudiera eliminarse; lo hace con plena conciencia de que esto es, después de todo, una concesión a la debilidad humana. Indudablemente fue un genio moral aquel que instituyó la ley bíblica que exime de culpa a cada uno de los soldados que son enviados al campo de batalla. Ya que al matar, aunque sea necesario en la guerra, era considerado pecado; tal como a los ojos del cielo ha de ser el disponer de una vida, por más humanamente justificable que sea.

Esta es la paradoja con la cual el ser humano debe vivir, ejemplificado quizás en la distinción bíblica que hace el Decálogo en la que dice "no asesinarás", pero no, "no matarás". Ciertamente los rabinos han insistido en que quienquiera tome una vida humana, según las Escrituras, es considerado como si hubiera destruido toda la humanidad, y una viejísima corte judaica que en el término de setenta años envió a un hombre a la muerte, cuando se refieren a ella en el Talmud, lo hacen con el nombre de "El Sanhedrín Sangriento".

Nunca ha existido una glorificación de la guerra en el judaísmo. Tenía algo de gusto a victoria en los antiguos campos de batalla, pero también se hizo un concienzudo y deliberado esfuerzo por desenfaticar la importancia de esos logros, tratando así de favorecer la esperanza y la fe de que en el futuro el mundo pueda ser transformado por hermandad, justicia y paz; cuando los hombres transformen sus arsenales de guerra en instrumentos de reconciliación y beneficio mutuo o, como el profeta lo dijo más elocuentemente: "cuando transformen sus espadas en arados y sus lanzas en podadoras. Cuando una nación no levante espada contra otra, ni serán instruidas para la guerra nunca más. Cuando puedan los hombres sentarse bajo sus viñas y sus higueras. Y ya nada los hará temer".